



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

11 de febrero de 1888

Núm. 15



HEMEROTI
MUNICIP
MADRID

EN INVIERNO

Ayuntamiento de Madrid

GUSANO Y MARIPOSA



I

ATEANDO como un mono, haciendo hincapié en todos los nudos del árbol, cogiéndose á las ramas, trepaba Feliciano tronco arriba en busca del nido que debía haber en la fronda de aquel fresno. Pero el caso es que el chico llevaba más de veinte minutos explorando la selva virgen de la copa, cruzando por entre una espesa urdimbre de varas que amenazaban su rostro y ponían en grave aprieto sus pantalones, y, tras de mucho revolver el follaje, no parecía por ningún sitio la codiciada cama de yerbajos de los gorriones. Y no le cabía duda: él mismo había visto abatir el vuelo todas las tardes, en aquel árbol, á la pareja alada que traía de comer á las crías. ¡Quién sabe! Tal vez el nido había resbalado al suelo ó estaba en poder de otros chicos más listos y madrugadores. No hubo otro recurso sino confesar su derrota; y, sacando la cabeza por en medio de dos ramas, gritó Feliciano á su hermanita Laura, que esperaba el descenso del rapazuelo al pie del arbol:

—¡Que me fusilen si hay aquí ningún nido!

Laura no le contestó al pronto: absorta y embelesada, seguía con ansiosos ojos los juegos de dos gusanos amarillentos, que, colgados de dos hilos finísimos como rayos de luz, se daban de encontrones columpiándose al extremo de las hebras que los sostenían, hasta que, hartos de toparse, treparon por los cabellos de su columpio y se enroscaron sobre una hoja. Laura palmoteó de júbilo, y, respondiendo á la exclamación de su hermano, le voceó desde abajo, señalando con el dedo á los insectos:

—¡Mira qué bonitos son, Feliciano!... ¡Son orugas!... ¡Anda, bájamelas!...

El chico maniobró otro poco por la hojarasca para complacer á la niña, arrancó el verde lecho en que los insectillos reposaban, y descendió, con su trofeo, del fresno, entregándoselo á Laura, que, equitativa y justa, le dijo á su hermano, devolviéndole una de las orugas:

—¡Uno para ti y otro para mí!...

—Esto no sirve para nada,—replicó Feliciano brutalmente.—Y con un palitroque se entretuvo en desarticular sus anillos al pobre animalejo, que se retorció de dolor.

—¡Qué bestia eres!—siguió la niña.—Pues yo me llevo el mío: lo guardaré en una caja, y ya verás qué mariposa tan bonita sale!...

II

Con la panza amarilla y las grandes alas de color de oro salpicadas de lunares de púrpura, agitábase la mariposa dentro de su cárcel de cristal, pugnando por escaparse. ¡Al fin, después de tanto tiempo de modorra, daba el insecto señales de vida!... ¡Y que no lo había cuidado Laura con poco mimo para que no se malograra!... Mucha, mucha había sido su paciencia; pero todo lo daba por bueno contemplando tan hermoso y brillante ejemplar.

El día en que el insecto rompió su armadura de eslabones, la niña pensó volverse loca de alegría. Bailoteando de gozo, llamó, al gabinete donde tenía depositada la cajita, á todos los de la casa; y, es claro, en cuanto Feliciano atisbó aquel animal, del que tanto se había reído viéndole dormitar con un sueño continuo, trocado en una explosión viviente de oro y grana, se le antojó el bicho, y de sopetón se lo pidió á su hermana.

—En seguida,—respondió ella.—No hubieras sido un borrico cuando me bajaste los dos gusanos, y ahora tendrías otra mariposa igual para darle suelta.

A Feliciano no le supo bien la lección; y como era algo soberbio y estaba muy consentido, insistió en que le cediese su hermanita el insecto. Laura se defendió con energía, él no cedió en sus pretensiones, encolerizóse, toda la



La rana y el gato

sangre se le agolpó en la cabeza y quiso arrebatarse la caja á la muchacha por la fuerza; lo que tal vez hubiera conseguido á no estar presente la madre de ambos, que tuvo que arrimar al muy discolo dos cachetes. Entonces, furioso, llorando de rabia, se retiró á un rincón de la pieza, y desde allí contempló cómo Laura alzaba la tapa de la cajita, y cómo la mariposa, hallándose libre, se remontaba majestuosamente, batiendo el aire con sus alas de raso. ¡Y él no había tomado parte en el lance! ¡Cómo aumentó su llanto al notarlo! En fin, no pudo con el desaire, y humilde y compungido solicitó el perdón por su culpa, que de buen grado le fué concedido por su hermana.

—Es preciso que te enmiendes,—dijole su mamá dándole el beso de la paz en sus mejillas llorosas,—y que moderes tus malos instintos; y sobre todo ten en cuenta que no hay nada inútil ni despreciable en el mundo, y que en lo que juzgues más inservible se esconde la mariposa de la felicidad.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LAS DOS ROSAS

(HISTORIA DE DOS NIÑAS)

ROSA se llamaba la hija única de la baronesa del Valle, y á la edad de ocho años era tan atractiva como el capullo más lozano de la reina de las flores en pleno mayo.

Igual nombre, y casi la misma edad, tenía una hija de su nodriza, á quien conservaba la baronesa entre su servidumbre, aunque el carácter soberbio de aquella mujer solía causarle disgustos. La excelente señora atendía á su corazón más que á su conveniencia, no pudiendo olvidar que había amamantado á su Rosa.

Vivo contraste ofrecían las dos niñas; y con decir que en su condición se advertía la influencia materna, comprendéis que en las prendas del alma diferirían aun más que en las del cuerpo.

La hija de la nodriza era de una belleza silvestre, trigueña, alta y airosa, de movimientos bruscos y suelta cabellera, cuyos rizos azabachados rebelábanse contra toda ingerencia del peine. No menos brusco y rebelde aparecía su carácter: era envidiosa y lenguaraz, pero todavía chocaba más por su presunción.

La niña de la baronesa al contrario: tenía un carácter dulce como la mirada de sus ojos azules, y entre sus prendas brillaba la humildad, como el diamante entre otras joyas.



Poco á poco

Habiéndose criado juntas, debéis suponer que reinaría entre ambas Rosas una confianza fraternal; confianza entrañable por parte de la humilde, y que en la otra se mostraba con excesivo atrevimiento.

La presumida se ponía todos los trajes que estrenaba la niña de la baronesa, se apoderaba de todas sus muñecas, y siempre se atribuía la ganancia en todos sus juegos; lo cual era tanto más fácil cuanto que la otra no se enfadaba nunca.

En vano la noble señora la reprendía por su proceder y sus modales, puesto que la madre los celebraba como gracias, creciendo así la presunción y el desenfado de la Rosa silvestre.

Sin embargo de un natural tan opuesto, se las veía juntas constantemente, cual si los defectos de la una sólo pudieran contrapesarse con las bondades de la otra.

No se exceptuaban sino las ocasiones en que la baronesa llevaba á su niña á visitar á los pobres y á los enfermos para enseñarla á socorrer al desvalido y proporcionarle los goces de la caridad.



Poco á poco

Entonces la Rosa silvestre se quedaba en casa, y, á las súplicas de su amiga para que la acompañase, respondía de esta manera:

—No me gustan los pobres.

Y la fortuna cambió completamente la situación de las dos Rosas. A consecuencia de una revolución, fuéronle confiscados á la baronesa todos sus bienes, mientras la nodriza recogía una herencia cuantiosa de un pariente desconocido.

La rica quedaba en la miseria: la pobre subía á la opulencia.

Aunque llena de defectos, no tenía la nodriza mal corazón, y así trató de

socorrer á su señora; pero la baronesa no admitió sus dádivas, y se retiró con su hija á un pueblo, donde ganaban penosamente el pan con su trabajo, entretanto que la Rosa silvestre triunfaba en la capital, satisfaciendo los más costosos caprichos.

Trascurrieron diez años. En los umbrales de la pobre vivienda donde habitaban la baronesa y su hija, presentóse un día una mendiga, en quien apenas pudieron reconocer á la vanidosa de otro tiempo. Ambas jóvenes se abrazaron llorando, y, á la anhelante solicitud de su compañera de infancia, la Rosa silvestre respondió:

—Muerta mi madre, y rodeada de adoradores que sólo codiciaban mi dinero, me casé con el que más halagaba mi vanidad. Aquel hombre me correspondió derrochando toda mi fortuna y dejándome abandonada...

—¡Pobre Rosita!—murmuraron ambas señoras, consolándola.

—¡No soy tan desgraciada, no, puesto que me he corregido de mi loca presunción, y he aprendido á amar á los pobres!

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



AUREOLAS

COLÓN

No hay ninguna noticia exacta sobre la época del nacimiento de Cristóbal Colón. Algunos historiadores, sin embargo, han convenido en que el gran nauta nació por el año 1435 ó 1436. Cuanto á su patria diversas ciudades se han disputado la gloria de haber sido su cuna, pero parece fuera de duda que fué natural de Génova.

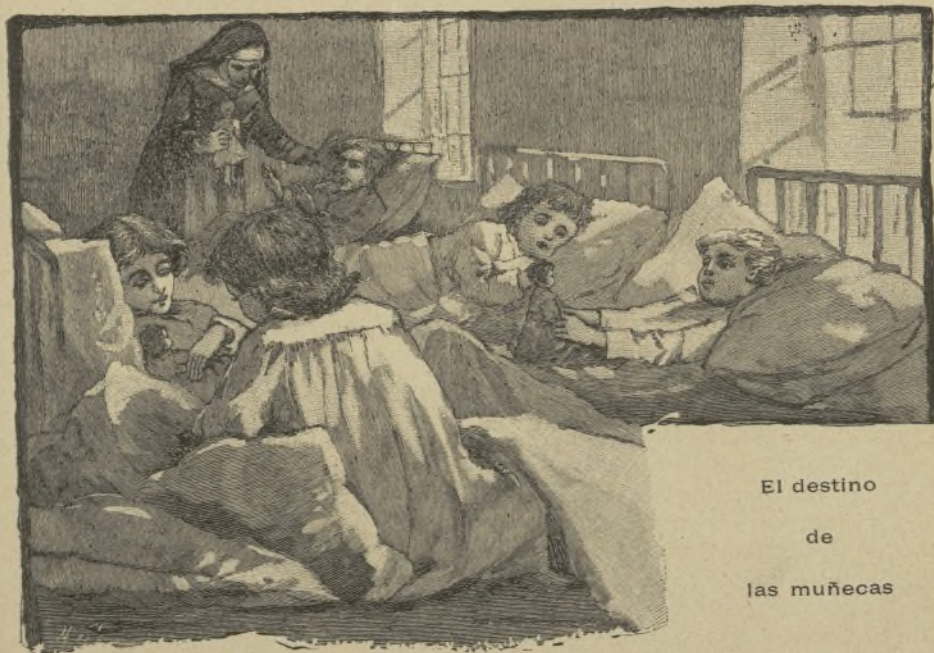
Educóse en Pavia, la gran escuela lombarda de las ciencias, dedicándose con preferencia al estudio de la navegación, la geometría, geografía y astronomía, ó astrología como decían entonces.

Catorce años contaría apenas cuando, considerándose apto para navegar, emprendió su primer viaje. Establecióse luego en Lisboa: era por el año 1470. Germinaba entonces en su imaginación una idea portentosa, colosal, y el medio de realizarla absorbía toda su atención. Cuando, después de profundos estudios, se persuadió de que había descubierto el camino occidental para llegar á las Indias, expuso sus pretensiones al rey de Portugal, solicitando su apoyo para llevar á cabo su atrevido plan.

El rey convocó una junta de notables para que examinaran los proyectos del génoves, y éstos, de acuerdo con el monarca, idearon la más incalificable de las felonías. Pidieron á Colón sus cartas y mapas y el plan circunstanciado de su proyectado viaje, y, después de rechazar sus pretensiones, armaron secretamente una expedición, encargada de seguir los derroteros indicados en los planos del gran navegante. Pero, faltos de valor y del entusiasmo que ins-

pira una convicción arraigada, los expedicionarios regresaron á poco de haber emprendido su viaje, proclamando loco y maniático al hombre que tan inicuamente habían burlado.

Colón se indignó justamente al conocer el atentado de que acababa de ser víctima, y resolvió abandonar Lisboa sin dilación. El rey Juan le llamó, deseoso de renovar sus negociaciones; pero el noble genovés desoyó el mandato real y salió para Génova, á cuyo gobierno ofreció su plan, sin que consiguiera mejor suerte que en la capital lusitana. De Génova pasó á Venecia y aquella república desechó también los ofrecimientos de Colón. Mendigando de corte en corte, viendo cada día más combatida la asombrosa idea que fulguraba en su mente, abandonado por los reyes, burlado por los sabios y humillado por los



El destino
de
las muñecas

poderosos, enfermo y mendigando una limosna para su hijo, llegó un día á las puertas del convento de Santa Maria de la Rábida. El guardián del convento, Fray Juan Pérez de Marchena, sorprendido por la revelación del extranjero, le rogó que aceptara franca y leal hospitalidad en su convento. Aceptó Colón tan hidalgo ofrecimiento, y pronto encontró en Marchena el más entusiasta admirador de sus proyectos. Deseoso de prestarle el más decidido apoyo, le dió una carta de recomendación para Fray Fernando Talavera, confesor de la reina, cuya opinión influía mucho en las decisiones de la Corte.

Llena el alma de seductoras esperanzas, llegó Colón á Córdoba en la primavera de 1486. Ocupados los Reyes Católicos por atenciones de guerra, empezó Colón sus gestiones con el éxito más desdichado. Talavera, que debía ser su apoyo, se declaró desde luego su implacable adversario; y ya las esperanzas del desdichado navegante empezaban á desfallecer, cuando, por mediación de Alfonso de Quintanilla, conoció á Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y gran cardenal de España. Atendió el cardenal benévolutamente á Colón; y, comprendiendo la grandeza de sus designios, se ofreció presentarlo á los

reyes. Estos escucharon atentamente á Colón, pero nada hicieron en pro de sus proyectos. Confiaron su estudio á una junta de notables, que se reunió en el convento de padres dominicanos establecido en Salamanca.

Con decir que la tal junta la presidía Talavera, huelga asegurar el encono con que fueron combatidas las profundas teorías del génoves. Largo tiempo duraron las deliberaciones, interrumpiéndolas el haber sido llamado Talavera para acompañar á la reina. Con el desencanto natural, comprendió Colón que nada podía esperar de los reyes de Castilla. Además, se avenía poco á su noble carácter seguir á la Corte en sus incesantes movimientos; y cuando el desaliento iba apoderándose de su alma, recibió una afectuosa carta del rey de Francia, brindándole el apoyo que en vano buscaba en España. Colón abandonó Sevilla, dirigiéndose á la Rábida con el objeto de dejar á su segundo hijo y marchar inmediatamente á Francia.

Cuando, después de siete años de ausencia, Marchena le vió llegar pobre y cuasi andrajoso, sintió profunda conmiseración; pero cuando supo que se proponía abandonar España, y ofrecer á la corona de Francia un *mundo* que la envidia y la ignorancia desdeñaban, su pena no tuvo límites, y rogó á su huésped que suspendiese por corto tiempo su salida. Marchena había sido confesor de la reina, y, creyendo que esta circunstancia le sería favorable, se trasladó á Santa Fe, donde á la sazón se hallaba la Corte. Isabel recibió á Marchena con gran bondad, asegurándole que estaba decidida á prestar su apoyo á Colón. Llamado éste á la Corte, llegó precisamente á Granada cuando la rendición de esta plaza, circunstancia que permitió á los reyes poder distraer su imaginación de los asuntos de guerra. Colón expuso de nuevo sus proyectos á los soberanos, y otro desengaño vino á amargar sus esperanzas. Firmemente resuelto á abandonar para siempre España, á principios de febrero de 1492 se despidió de sus contados amigos, saliendo para Francia. Cuando le vieron partir, intentaron un último y desesperado esfuerzo para detenerle. Luis de Santángel se presentó á la reina, y, acosado por las exigencias del momento, no se limitó á suplicas, sino que mezcló con ellas amargas reconvenciones. La marquesa de Moya y Alonso de Quintanilla con tan persuasiva elocuencia hablaron á su vez, que la reina cedió al fin, y despachó un correo con el objeto de buscar á Colón, que se encontraba ya á dos leguas de Granada, en el puente de Pinos. Vaciló antes de acudir al mandato real; pero, alma hidalga y caballero intachable, se presentó á Santa Fe con más desaliento que esperanzas. Contra lo que esperaba, halló esta vez propicia á la reina. Sin pérdida de tiempo se formó un tratado, y se estipularon varias condiciones, que se firmaron por los Reyes Católicos en Santa Fe el 19 de abril de 1492. El puerto de Palos de Moguer se eligió como á punto para equipar los bajeles. A principios de agosto quedaron armados los buques para hacerse á la vela. Se llamaba el de más porte *Santa María*: en él levantó su pabellón Colón; el segundo *Pinta*, que lo mandaba Martín Alonso Pinzón; y el tercero *Niña*, al mando de Vicente Alonso Pinzón. El viernes 3 de agosto de 1492 se hizo la escuadrilla á la vela, empezando el primer viaje de descubrimiento. Salió de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del río Odiel frente de la ciudad de Huelva, poniendo la proa al SO., en dirección á Canarias, desde donde pensaba navegar vía recta al occidente. El 9 de setiembre vieron á Ferro, última de las islas Canarias. Al perderse en el horizonte la sombra de esta isla, último límite hasta entonces de la tierra, desfallecieron los corazones de los navegantes, creyendo que se separaban para siempre del mundo.

TRINIDAD DE LA ROSA

(Se continuará)



EL MOCHUELO

Cuando las estrellas brillan
y es más profundo el silencio,
de su invisible escondrijo
sale el prudente mochuelo.

=

Cruza prados y espesuras
en busca de su alimento,
y los árboles explora,
dando caza á los insectos.

=

Después en los caseríos
recorre el jardín y el huerto,
y, chocando en las ventanas,
del niño interrumpe el sueño.

=

Mas, cuando raya la aurora
llenando de luz el cielo,
presuroso á su escondrijo
vuelve el prudente mochuelo.



✧ NUESTROS GRABADOS ✧

LA RANA Y EL GATO

Una rana muy gorda y mi gato blanco, Cascabel, son muy buenos amigos. Cuando se ordeña á las vacas, el gato espera ansioso que le llenen un plato de leche, y si la criada le olvida comienza á mayar hasta que obtiene su ración cuotidiana.

La rana se pone en el borde del plato sin que Cascabel lo lleve á mal, aunque ve á su compañera lamer de vez en cuando la leche.

Algunas veces se lleva el plato al jardín para que todos vean la rana, y ésta mira á los



La abeja cautiva

espectadores con sus ojos saltones, sin asustarse nunca. Una vez saltó de un lado á otro del plato y las niñas echaron á correr; pero riéronse después de su propio miedo, pues sabían que las ranas son inofensivas.

POCO Á POCO

Cuando Carlitos se asomó cierto día á la ventana al levantarse, vió que el suelo estaba cubierto de nieve, que formaba una profunda capa, habiendo amontonado el viento una considerable cantidad contra la puerta y los árboles del jardín. Rosita, la hermana de Carlos, miraba aquello con admiración, pues nunca había visto tales montones de nieve. En el lado de la casa más inmediato á la cocina, era donde se había acumulado á mayor altura, y la mamá de Carlos dijo que no se podría salir para ir á comprar el almuerzo.

—Es preciso abrir un paso por ahí para que tu tía pueda pasar,—dijo el padre.—Yo lo haría si tuviera tiempo, pero debo ir á la oficina muy temprano. ¿Crees tú que podrás hacerlo, hijo mío?

—¿Yo, papá? ¡Pues si ese montón es más alto que yo! ¿Cómo he de abrir paso siendo la nieve tan profunda?

—¿Cómo? Pues lo harás *poco á poco*. Es necesario probar tu maña; y te advertiré que si hallo un buen paso abierto cuando yo vuelva, á la hora de comer, te regalaré el trineo que desees.

Carlos, cogiendo su pala de madera, comenzó á trabajar; pero, como sacaba muy poca cada vez comparativamente con la que veía, parecióle que el trabajo sería muy lento y costoso.



El niño y el conejo

—No creo que pueda hacerlo, mamá,—dijo al fin;—pues recojo escasa cantidad en cada paletada, y el montón es muy grande.

—*Poco á poco*, Carlitos,—contestó la mamá;—la nieve cae en menudos copos, y ya ves qué montón forma al fin.

—Es cierto, mamá,—repuso el chico;—y ahora conozco que á fuerza de paletadas desaparecerá al fin. Voy á proseguir mi tarea.

Carlos abrió en poco tiempo un ancho espacio, formando un camino como una calle cuyas paredes eran de nieve, y que permitía salir por la puerta de la cocina.

Cuando papá volvió á comer, quedó muy satisfecho del trabajo de su hijo; y al día siguiente le regaló una especie de trineo en cuya base veíanse unas letras amarillas que decían: *Poco á poco*.

Todos los amiguitos quisieron saber por qué se habían puesto aquellas palabras; y, cuando se les dijo, fué para ellos tan provechosa lección como para Carlos.

EL DESTINO DE LAS MUÑECAS

Todas las muñecas de las niñas estaban inútiles: el perro se había comido la cabeza de una y arrancado los ojos á otra, abriendo en canal á la tercera; de modo que Luisa, Emilia y Sofia no tuvieron ya con que entretenerse. Esta falta les fué doblemente sensible cierto día que, habiéndose sentido las tres indispuestas, debieron guardar cama; pero entonces su mamá, deseosa de distraerlas, dispuso que se compraran tres muñecas nuevas, y se las dió, dejándolas muy complacidas con el regalo.

LA ABEJA CAUTIVA

—¡Mamá!—decía la niña Luisa á su mamá.—Tengo una abeja cautiva en una flor, y por una abertura veo cómo se agita furiosa lo mismo que un león en su jaula; pero no la dejo salir.



El viaje de una tetera

—Y ¿cómo puedes hacer eso siendo tan buena niña?—contestó la mamá.

—No lo sé, pero esto me divierte: ayer cogí otra. Estaba en el fondo de una flor larga y hueca, cerré la abertura y ya no pudo salir.

—Vamos, hija mía, no hagas más eso, porque las pobres abejas van á buscar su alimento en el cáliz de las flores, y nadie debe martirizar á esos insectos, verdaderamente dignos de admiración.

—Tienes razón, mamá,—contestó la niña;—por la furia con que muerden la jaula de su prisión, se conoce lo que padecen, y desde ahora prometo no aprisionar á ninguna abeja.

EL NIÑO Y EL CONEJO

Juanito jugaba con un conejo blanco que era muy manso, mientras que el tío Moisés se dormía en su sillón después de leer el diario.

—¡Tío Moisés!—gritó de pronto el chico.—¿Por qué tienen los conejos las orejas tan largas?

El buen hombre se restregó los ojos, cogiendo en el aire los anteojos que se le caían, y contestó:

—¿Las orejas tan largas, dices? Pues yo te lo explicaré. Cierta día el conejo estaba recorriendo un campo de trigo, cuando de pronto oyó que hablaban: era una ardilla, la cual decía á una compañera suya dónde había encontrado un abundante depósito de grano. El conejo estaba detrás de una pared: como no oía bien, redobló su atención, y entonces comenzaron á crecerle las orejas; pero de tal manera, que muy pronto sobresalieron de la pared. Entonces la ardilla y su amiga, viendo aquellas orejas, escaparon corriendo. Ahora bien: yo creo,—añadió el tío Moisés con una sonrisa,—que á ti te crecen también las orejas como las de aquel conejo, pues el otro día te vi detrás de una puerta escuchando lo que tu madre hablaba con tu tía.

Juanito se tocó las orejas al punto, avergonzado de que el tío Moisés le hubiera sorprendido.

—¿Ves como han crecido?—preguntóle el tío.

—Creo que sí,—contestó el chico.

—Pues ven aquí y te las acortaré un poco.

Juanito se sentó en las rodillas de su tío, y éste le pellizcó ligeramente las orejas.

—Ya las tienes cortadas,—le dijo;—mas ahora espero que no te esconderás más detrás de las puertas para escuchar.

—No lo haré nunca otra vez,—contestó el chico. Y cumplió su palabra.



El viaje de una tetera

EL VIAJE DE UNA TETERA

Éranse varios niños: Pepito y Susana, Teresa, Anita y Eduardo. Susana tenía una verdadera cocina económica y una tetera, é invitó á sus amiguitas á un *te*, como lo hacen las personas formales. No les faltó agua caliente para hacerlo, buscaron cortezas de pan que les sirvieron de tostadas, y también se les dió suficiente azúcar; de modo que la reunión quedó muy satisfecha del convite.

Terminado el *te*, Susana propuso hacer un viaje de recreo á París para distraerse un poco.

En el fondo del jardín deslizábase un riachuelo, donde se habían puesto dos tablas para que los niños cruzaran de una orilla á otra. Los niños suponían que en el lado opuesto estaba París, é hicieron sus preparativos de marcha. Susana pensó llevarse todos sus enseres, pero al fin dejó cuanto tenía, excepto la tetera por si deseaba tomar *te* durante la excursión.

Eduardo se había dormido y resolvióse dejarle en casa; pues, no teniendo más de tres años, no podría recrearse como los otros. Se le puso en una hamaca, y los demás se marcharon.

Los infantiles viajeros llegaron á la orilla opuesta sin novedad, excepto Susana y su tetera: ya había llegado á la mitad del puente, cuando el perro de la casa, divisándola desde lejos, emprendió la carrera para reunirse con la niña, tropezó con ella é hizola caer al agua; pero la tetera flotó sin percance alguno hasta la otra orilla.

Precisamente en aquel momento comenzó á llover un poco, y, asustadas las viajeras, echaron á correr para refugiarse en la casa. Susana se acordó al día siguiente del baño, y y también supo que su tetera había llegado á París.

SULTÁN Y LOS GATOS

Sultán era un enorme perro de Terranova, de negras y brillantes lanas, que pesaba ciento sesenta libras; pero más se distinguía aún por su inteligencia y sus habilidades. Cuando volvía y veía cerrada la puerta, sabía llamar como una persona, apoyando la extremidad de una pata en el timbre y oprimiéndolo; y, cuando abrían, ladraba alegremente como para dar las gracias.

Cierto día, Tomás, el jardinero, cazó una especie de topo que había socavado una gran parte de la colina inmediata, y lo llevó á su jardín, donde los niños jugaban con el perro. Todos se agruparon para ver el extraño animal, y, una vez saciada su curiosidad, el mayor propuso que se enterrase á la víctima, encargándose de dirigir la operación.

Tomás abrió un hoyo profundo, encerróse al animal en una caja vieja, y los niños fueron al sitio en procesión, simulando el cortejo fúnebre: detrás iba Sultán, observando lo que se hacía. La caja que servía de ataúd fué introducida en el agujero, cubriéronla después de tierra, y en la superficie colocaron un zapato viejo á guisa de cruz. Terminado el acto, los niños volvieron á sus juegos.

Pero Sultán permaneció junto á la tumba largo rato; y después de comer volvió al mismo sitio, donde el jardinero le vió aún á la caída de la tarde. Llegó la hora de cenar, y, como no se presentara según su costumbre, creyóse que se habría escapado.

Los niños se acostaron al fin, pensando en el perro, que no estaba allí para custodiarlos, como lo hacía siempre; mas por la mañana oyéronle ladrar en el jardín, bajaron corriendo y vieron á Sultán junto á un gatito que acababa de matar y que había colocado en el sitio mismo donde se enterró al animal cazado por el jardinero. Los niños riñeron al perro, censurando su crueldad, y después enterraron al pobre gatito; pero aquella misma noche Sultán desapareció otra vez, y al otro día, á primera hora, apareció con otro gatito muerto, operación que repitió tres ó cuatro noches seguidas. Después no salió ya, porque no quedaban más gatitos que cazar.

Sultán había creído complacer con esto á sus jóvenes amigos, sin comprender acaso que cometía una crueldad, por la cual fué reprendido tan severamente que no volvió á reincidir.

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

La Sra. Crumpe encontraba que nadie la vestía tan bien como Paulina; nadie le hacía la cama tan bien como Paulina, por manera que únicamente cuando ella se la hacía le era posible conciliar el sueño; nadie sabía preparar las jaleas, ni el caldo, ni el suero á su gusto tan bien como Paulina; nadie, en

fin, como Paulina, sabía asar, guisar ó cocer al horno. En una palabra, Paulina se veía obligada á hacerlo todo. El zurcido de los gorros de la señora Crumpe, que tenían guarniciones rizadas con extremada delicadeza, tocóle también á Paulina. Un día que la planchadora estaba enferma, había rizado una con tanto gusto, que su ama no quiso desde entonces llevar más gorros que los que rizaba Paulina, y es el caso que la Sra. Crumpe cambiaba de gorro tres veces al día, y nunca llevaba dos veces el mismo.

Sin embargo, lavar, zurcir, rizar, asar, guisar, cocer al horno, preparar la jalea, el caldo y el suero, no bastaba aún: la Sra. Crumpe se había metido



Sultán y los gatos

en la cabeza que no podía comer otra manteca que la que había sido batida por Paulina; pero lo que era peor es que no pasaba noche sin que hiciera levantar veinte veces á la pobre chica para ver lo que era que hacía ladrar al perro ó maullar al gato. Y apenas empezaba á dormirse, al rayar el alba, cuando su ama, desde el gabinete en que dormía, la llamaba de nuevo.

—¡Paulina, Paulina! Están metiendo un ruido del demonio en el establo.

—Señora, son los gallos que cantan.

—Pues bien, levantaos: haced que no canten tan alto.

—Pero, señora, en verdad, yo no puedo hacer que dejen de cantar.

—¡Vaya si podéis! Levantaos y largadles unos cuantos latigazos, hija. Palo de ciego, ó si no ya veis que no podré dormir.

(Se continuará)

Soluciones á las charadas del número anterior:

ALFREDO.—TARRAGONA.—CUCUFATE.—GALANTERIAS.—OROPÉNDOLA.—CANDELA

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra quitando de la cual una letra sucesivamente, dé los siguientes resultados: 1.º, general romano; 2.º, río de España; 3.º, nota musical; 4.º, consonante.

ALBERTO CASAÑAL

CHARADAS

No dirás de un hombre flaco que *prima* y *segunda* tenga, ni del listo y vivaracho que *cuatro* *tercera* sea. Si pronto *quinta* en el *todo* harás como otro cualquiera; de *tres* *cinco* las charadas] ninguna fácil como esta.

ORESTES



Sultán y los gatos

CUADRADO

• • •
• • •
• • •

1.ª línea vertical y horizontal, nombre de un conquistador; 2.ª, nombre de mujer; 3.ª, en las lanchas; 4.ª, animales.

JUAN GUAU

ROMPE CABEZAS

aaaa ii mm gg ss oo c

Con estas letras combinadas formar una oración que se lea lo mismo de derecha á izquierda que de izquierda á derecha.

MANUEL LUIS VICIOSO

ROMBO

• • •
• • •
• • •
• • •

Sustituir los puntos con letras que digan: 1.ª línea vertical y horizontal, consonante; 2.ª línea horizontal, cosa inmensa; 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, vehículo; 5.ª avenida; 6.ª, otro nombre de mujer; 7.ª, vocal.

ALBERTO DONADES

— Las soluciones en el número próximo —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.